

pa completamente; nos favorecían poniendo bajo la suelas de su botas las pretensiones de la Iglesia romana; nos favorecían hasta dando golpes al que nos miraba con malos ojos. Podría decirnos cosas increíbles de aquel bendito gobierno toscano. Básteos saber que algunos cuervos jesuitas, habiéndose atrevido á charlar mal de nosotros con energía, fueron valientemente mandados al confín uno tras otro. En suma; digo y sostengo que se progresaba más y mejor cuando los valdenses no se habían interpuesto en nuestra vía. Ellos, ellos destrozaron el evangelio, mientras bajo las alas de la libertad hallábase á punto de tender su vuelo; lo destrozaron á fuerza de estirarlo sobre el lecho de Procusto de su Tabla. ¡Y decir que se vanagloriaban de someter al *valdismo* la Italia entera! Parecíame contemplar la bestia monstruosa, descrita por Job con el nombre de Behemoth, que pretende sorber de un sorbo todo el río Jordán.

Mistress Needle hallábase no poco escandalizada de su guía, y queriendo mudar la conversación de los valdenses:—Bien, dijo: ¿qué se hace ahora, con ó sin ellos?

—Os lo confieso con lágrimas de mi corazón, repuso Elvira; se puede aguardar

muy poco en toda la Península, si no mudamos enteramente la marcha que se da por los valdenses á la predicación. Se difunden muchas biblias (Barbera, editor católico, nos imprime actualmente en Roma, y á los ojos del Papa, el nuevo Testamento de Diodati); muchas salas y templos se construyen, para meter gran ruido con las conferencias; pero las grandes basílicas de los papistas nos oprimen; llegan sacerdotes con sus Vírgenes, con las misiones, con los prestigios de los milagros, y el populacho va detrás, burlándose con descaro de nosotros.

—Me hareis desesperar casi de la conversión de Italia

—Yo no, dijo Elvira interrumpiéndola; los tercios montañeses, con su arrogancia, tienen la culpa.

—¿Pues qué aconsejarías? preguntó la Needle.

—¿Yo? Yo quisiera que se armonizase el evangelio con el siglo: quisiera que se suprimiera la Tabla *valdense*, ó que se reconstituyese con otros hombres; quizá debería darse libertad á cada asamblea para constituir Iglesia, sin más leyes que la ciencia y el progreso. Quisiera que se hiciera desaparecer los malos libros, llenos

de cosas copiadas, v. gr., las insulsas y bárbaras traducciones de obrillas extranjeras; quisiera que se arrojase del campo evangélico las zizañas, esto es, toda la suciedad de los sacerdotes y de los frailes famosos por sus deshonestidades, que se han arrojado en brazos del *valdismo* para tomar mujer, cosa que nos infama inexorablemente á los ojos de los papistas. Entonces, sin avergonzarnos, seguiríamos la predicación apostólica, y si la Italia no resucitase á vida nueva, sería una cosa inexplicable. Mas si nos obstinamos en las mezquindades *valdenses*, no registraremos nunca la conversión de una señora gentil, ni de un hombre honrado. En cuanto á mí, confieso que si en el camino de la vida no hubiese hallado un docto y valiente ministro de la Iglesia anglicana, cien valdenses no me hubieran determinado á cambiar el *papismo* con el evangelio; por el contrario, sus maneras y sus pretensiones hubiesen apretado más la venda de mis ojos.—

Mistress Needle comenzaba á sentir náuseas y á tener asco de la intolerable libertad con que la Elvira daba sendas cuchilladas á la reputación de los valdenses. Sobre todo, le dolía la fatal impresión que sacarían sus tres hijos, los cuales escucha-

ban la conversación sin decir la menor cosa, pero con muy visible ansiedad. Hizo, pues, un esfuerzo para concluir la desventurada historia de los valdenses con algo para ellos honroso, y dijo:—Ya se sabe que no falta nunca en las cosas de los hombres algo sucio; aun Pablo y Bernabé no eran siempre del mismo parecer. Sin embargo, siempre será verdad que esta grey reducida es un pueblo de mártires; sus persecuciones, sufridas durante tres siglos, son la gloria del evangelio y de Italia. Habré leído diez veces el episodio de Gianavelo, en Val de Susa, y me parece nuevo cada vez. Aun el otro día, no bien salí del subterráneo de Fréjus, me lo representaba como un nuevo Josué; me parecía verle salir de aquellas golas asperísimas á la cabeza del pueblo elegido, y desbaratar los ejércitos de los infieles que se oponían á su paso, siempre con los suyos dispuestos á recobrar la tierra prometida de sus padres, ó morir mártires del evangelio.

—¡Ah, señora! exclamó Elvira; me consta que son muchos nuestros valdenses mártires, y no seré yo quien arrancar pretenda la palma de sus manos. Aun nosotros procuramos defenderlos de los ataques de los papistas. Mas, hablando en secreto, entre

el poema popular y la historia verdadera hay mucha discrepancia. Aquellos héroes famosos, vistos con el microscopio, resultan verdaderos criminales. Saqueaban el país no menos que sus verdugos y tiranos, todo lo consumían con el fuego; llevaban á los países católicos la desolación y el exterminio, matando, no solo los sacerdotes, á lo cual tenían derecho, sino también los ancianos, las mujeres y los niños. ¡Oh! Atengámonos al poema, edificante para el pueblo, y dejemos la historia; sería un escándalo. Tenemos el testimonio del historiador Botta, hombre de la laya de vuestro Macaulay, adversario acérrimo del *papismo*, que, sin embargo, al hablar de las persecuciones de los valdenses, vése compelido á reconocer que son fantasma, y nada más. Creedme, señora; en Inglaterra os dejáis vencer por la generosidad del corazón: nosotros, los italianos, sobre el lugar, estamos persuadidos de que ningún servicio mejor se puede hacer al evangelio como encubrir los hechos antiguos y recientes del *valdismo*, dándonos todos á predicar las verdades contra los papistas; y modelando la predicación sobre el progreso de las grandes iglesias de Inglaterra, Suiza y Alemania.

La señora Needle hubiera querido descubrir un medio cualquiera de poner fin á tan escandalosas revelaciones. Mas era inútil; la farota no concluía, y si bien la inglesa callaba tristemente, proseguía cada vez con más fuerza:—Tal es la opinión de todos los hombres grandes que ansían la salvación de Italia. El ministro Appia, valdense, *archivaldense*, confiesa que su comunión, después de la reforma de Calvinio, no es la que fuera. De Michelis, una de las columnas de la reforma en Italia, después de referir las pruebas últimas para evangelizar la Italia, dice que, á fin de ser sinceros, es preciso convenir en que los valdenses no hicieron en resúmen más que percibir los fondos recibidos de la Sociedad bíblica. Nosotros, por caridad fraterna, hemos quitado su obra de las librerías evangélicas (1); mas ¿cómo quitar de las manos el *Times*?

—¡El *Times*! exclamó la Needle, llena de asombro.

—Sí: el *Times*. Apuntad el número del 27 Octubre 1868 (ya veis que hablo de cosas de ayer), y hallareis allí la pura verdad sobre nuestras infelices iglesias italia-

[1] Realmente no la pudimos encontrar en la llamada librería librería evangélica central de Florencia.

nas. Allí se asegura que el gobierno italiano no nos deja plenísima libertad (podía decir también que nos otorga favor amplísimo), y que después de todos los esfuerzos con las sociedades, predicaciones, biblias, etc., queda la duda de si se ha conseguido siquiera la conversión de un hombre de bien. Lo que ignora el *Times* lo sé yo: la causa de tan asombrosa esterilidad es el *valdismo*.

Al oír este último disparo, mistres Needle no dijo en contra una palabra: el *Times*, para ella, era el quinto evangelista. Se resolvió á cortar la conversación mediante un obstinado silencio. Mas callando razonaba en ella la imaginación, y la sencillez, y la buena fe, y la debilidad que tenía con todo lo referente á la alta iglesia. —Esta es, de seguro, una neófita de gran fervor: está convertida en un misionero nuestro anglicano; ha sufrido por la fe; dedícase por completo á evangelizar á sus hermanos.... hasta el ministro de Turin me la recomendó como el diamante de la Iglesia.... no exagera, ó si exagera, no poca verdad contiene lo que dice.... lo menos malo que hay es la división de los ánimos.... Hasta el *Times* consigna lo mismo.... —Cuando así deliraba la fer-

viente *pietista* le acudió un pensamiento, y dijo á la infiel italiana:—Y vos, señora, ¿por qué os prestais á intervenir en el servicio *valdense*, teniendo un concepto tan ruin de lo que hacen?

—Por amor á los hermanos, por celo, y por encubrir nuestras miserias á los ojos de los papistas, respondió Elvira, poniendo su vista como en actitud de una tortolilla gemidora.—

Volvió el silencio de una y otra parte. Mas en la inglesa se había desvanecido toda su ansia de visitar los valles, y asistir á la santa Cena en Luserna. Después de acumular tanta veneración y estupor leyendo las historias de los valdenses, tocábale ver la famosa Jerusalén, casi en su presencia, y atravesando casi sus umbrales, convertida en una Babilonia. Hubiera deseado no haberse comprometido á ir en su busca; mas, con gran dolor, había llegado casi á Pinerolo, y hubiérase acreditado de ligera por demás no continuando su viaje. Sólo que vino en su ayuda el mal tiempo. La noche fué oscura, nebulosa, rígida; al día siguiente las colinas de los alrededores de Pinerolo comparecieron cubiertas de nieve. Mistress Needle vió la salida que le

proporcionaba el cielo, sin mengua de su decoro. Dijo terminantemente á Elvira que, atendiendo á la salud delicada de sus pequeñas y de John, no era prudente aventurarse por las montañas, á riesgo de sufrir una borrasca invernal, no quedando, por consecuencia, otro partido que volverse á Turín con el primer *tren* de la vía férrea. En su propósito la confirmó muy gustosamente la Elvira, deplorando con la boca el desventurado contratiempo, y triunfando en su corazón por el éxito feliz de sus maquinaciones.

¡Cosa singular! Encontraba que había hecho una buena obra, diciendo la verdad si bien por envidia y malevolencia.

Al volver languidecía la conversación. John estaba generalmente en la portezuela echando grandes bocanadas de humo: pero había pedido licencia para fumar, y tachársele no se podía de poco cortés. Las pequeñas no comprendían nada de aquel ir y retornar tan precipitadamente, creyendo, por su sencillez, que la nevada tenía la culpa del percance. En el corazón de la madre se sucedían el despecho, el disgusto, y aun la vergüenza: el viaje parecióle inacabable. Desmontado que hubo del coche, acompañó en carretela á su guía

á su casa, y despidióse de ella, dándole muchas gracias, que no salían de su corazón. No acababa de perdonar que le hubiese arrancado de los ojos una venda que tanto quería, y desvanecido un largo sueño, tan dulce como agradable. Al volver á la fonda, decía esto á sus hijos:—¡He aquí una expedición enteramente malograda! En Italia sonrie sin duda el cielo y la naturaleza, mas el espíritu murió. El *papismo* ha desnaturalizado á este pobre pueblo, lo ha embrutecido y lo ha petrificado; cae la semilla del evangelio entre las rocas. ¡Viva nuestra Iglesia, con su Biblia, con su símbolo de treinta y nueve artículos, con su alto y bajo clero, con su liturgia hija y sus debates....! ¡Viva la iglesia anglicana!—

Así se desahogaba la pobre *pietista*, consolándose del cruel desengaño. Mas al volver á entrar en su habitación, la esperaba un desengaño, ligero en sí, pero que contribuyó no poco á disgustarla más de haberse detenido en el Piamonte, compeliéndola mucho á que apresurase la partida.